

sido, quizá, superados en otra época. Su adhesión moral y religiosa oscila entre el ateísmo materialista, el panteísmo y el deísmo agnóstico. Díaz Araujo señala también la relación entre las ideas enciclopedistas y el comunismo actual. Los soviéticos —dice— que, «a nuestro entender, son los herederos más conscientes de este legado sistemático-destructivo, han hecho siempre el elogio de las premisas "burguesas"». Engels, en las primeras páginas de su *Anti-Dühring*, habla con elogio de los hombres que en Francia «ilustraron las cabezas para la revolución que había de desencadenarse».

Se cierra el libro con un agudo artículo del propio Patricio R. Randle sobre la herencia que la Enciclopedia dejó en los sistemas de enseñanza. El prurito de «instruir» bajo el postulado de que «es posible aprenderlo todo», ha desterrado de nuestra enseñanza las costumbres, la prudencia, la experiencia, la fe misma: la posibilidad, en fin, de que los discentes formen un criterio en vez de un almacenaje de conocimientos supuestamente «neutrales» y «objetivos».

El XVIII —se ha dicho— fue el siglo verdaderamente amotinado contra Dios; lo posterior no ha sido sino sus consecuencias. Hoy tocamos quizá las últimas, en esto que Camus llamó «la revolución del siglo XX». No distintas ni peores en su impiedad, sino simplemente operándose sobre un mundo en que ya no quedan ni la fe, ni las costumbres, ni la familia vigorosa, ni la Iglesia disciplinada, que fueron hace dos siglos antemurales para que la revolución quedara localizada en minorías «ilustradas» y en medios ciudadanos.

Libro éste armónico y profundo, de cuya sosegada lectura puede extraerse una luminosa visión de la historia moderna y del proceso espiritual en que todavía estamos insertos.

RAFAEL GAMBRA

Mário Saraiva: OUTRA DEMOCRACIA. UMA ALTERNATIVA NACIONAL (*)

ANÁLISIS DE LA DEMOCRACIA SEGUN EL PENSAMIENTO DE MAURRAS

Hace algunos años, seis concretamente, en uno de los libros más lúcidos escritos en aquel entonces explicando la génesis, desarrollo y culminación de la revolución en Portugal el día 25 de

(*) Rei dos Livros, Lisboa, 1983, 126 págs.

abril de 1974, fecha en la que según un autor liberal se produjo «el fin histórico de Portugal» (1), su autor, casi al finalizar la obra, indicaba que «se perdió el país, pero se salvó (o se restauró) la democracia» (2).

Con toda razón hacía tal aserto, porque la democracia moderna, como la historia demuestra cuando surge el conflicto entre ella y la Patria, es incompatible con toda idea nacional. ¡Húndase la Patria! Pero ¡que no se toque la democracia!

La democracia es, así, intangible; una idea casi religiosa, como acertadamente señaló Maurras, prácticamente con las mismas características que tiene la religión para ser creída, profesada y acatada, si bien secularizadas y en la que las razones de la Revelación han sido sustituidas por los caprichos de la voluntad.

Intangibilidad de la democracia que advirtió el mismo Maurras en Francia, al indicar que por ello se hablaba de «Francia sí...», de «Francia pero...», de «Francia a condición de...», proposiciones que condicionan la aceptación y la defensa de la realidad de la nación a que ésta sea adjetivada por la *diosa democracia*, hasta llegar a ser ésta el sustantivo al que la nación, cada nación, adjetiva.

Y lo que Maurras advirtió en Francia vemos que ha ocurrido y ocurre en otros lugares, Portugal entre ellos, donde el énfasis se coloca en la defensa y el bien, no de la patria sin más, sino de la patria democrática, del Estado democrático. Por consiguiente, la democracia por encima de todo, la democracia ante todo y sobre todo, es la nueva mitología en cuyos altares son sacrificadas a los nuevos dioses las realidades nacionales.

Hoy, nueve años después del 25 de abril y seis desde que Jaime Nogueira Pinto subrayase la salvación de la democracia en su patria a costa de Portugal, Mário Saraiva plantea la cuestión de la forma de gobierno y de Estado en Portugal en su misma raíz, para intentar abandonar el callejón sin salida en que se encuentra Portugal, que le imposibilita realizar una auténtica política nacional. El título de *otra democracia* y el subtítulo de *una alternativa nacional*, dan idea del contenido y de la propuesta del autor.

Saraiva realiza un análisis crítico de la realidad del sistema

(1) Amorim de Carvalho: *O fim histórico de Portugal*, Prometeu, Porto, 1976.

(2) Jaime Nogueira Pinto: *Portugal, os anos do fim*, tomo II: *De Goa ao Largo do Carmo*, Sociedade de Publicações economia e Finanças, Lisboa. 1976, pág. 267. Véase recensión en *Verbo*, núm. 163-164, marzo-abril de 1978, págs. 500-507.

democrático actual portugués y propone una solución al mismo. Nada hay que objetar a la crítica al sistema, pues, como veremos, consiste en parte de la crítica que ha realizado a la democracia el pensamiento tradicional y contrarrevolucionario europeo.

En efecto, toda la crítica gira en torno al régimen de los partidos políticos al que se ha ligado la democracia. El sufragio general inorgánico que lo acompaña es absurdo y nocivo, puesto que la masa popular, en su gran mayoría, no posee suficiente preparación cultural para pronunciarse sobre las materias sumamente importantes y decisivas sobre las que, implícitamente, se les pide que se manifiesten cuando emiten su voto (pág. 20), careciendo del conocimiento suficiente de los problemas políticos que pueda legitimar su opción de voto (pág. 20). Así, se da el disparate de que se conceda el mismo valor al sabio que al ignorante, al inteligente que al idiota (pág. 21), sin que el pretendido equivalente nivel personal de cultura pueda lograrse más que mediante una nivelación *por abajo*, lo que implicaría la desaparición de las élites, de los más capaces, y, con ello, todo progreso posible y real (pág. 24).

Los partidos políticos constituyen una oligarquía de los jefes de los mismos (pág. 29), situándose lejos del poder popular de base sin el cual no es posible concebir un verdadero poder democrático (pág. 29), y sin que el hecho de votar a los partidos pueda indicar otra cosa más que esa es la única opción, no constituyendo en modo alguno una especie de refrendo del partidismo (pág. 30).

Por otra parte, los partidos políticos son extranjeros, y no representan ningún interés político de la nación, pues tienen grandes ligaduras y dependencias con los principales partidos y asociaciones internacionales (pág. 30). Así, las internacionales comunista, socialista, social-demócrata y demócrata-cristiana, por lo que cabe preguntarse si no funcionan como representaciones extranjeras en el propio país y no como poderes políticos populares nacionales (pág. 31).

Los partidos políticos, además, son la negación del país real (pág. 29), por prescindir de los verdaderos intereses, de los intereses reales de la nación: agrícolas, industriales, comerciales, rurales, culturales, locales, religiosos... (pág. 32), que se encuentran excluidos de la representación nacional, la cual se confía a intereses ideológicos que ignoran o combaten aquéllos. De ahí que el pluralismo político partitocrático se sustituya en lugar del pluralismo social de la nación (pág. 33).

Junto a ello señala que la partitocracia genera males endémicos como la inestabilidad en el gobierno, pérdida de autoridad,

agitación social, ruina económica y financiera del Estado (página 44). Al tiempo que la lucha entre los partidos, que es la actividad normal de la vida parlamentaria y sin la cual el régimen de los partidos no tiene sentido, debilita a los gobiernos. Mal que se agrava cuando se impone la dictadura de un partido que vence a los otros (pág. 47). Y males que la institución monárquica, la realeza, es insuficiente para impedir en el régimen partitocrático (pág. 49). Y como culminación, la cooperación al bien común es inexistente, siendo sustituida por la lucha de los partidos entre sí (pág. 50).

La desaparición del pluralismo social ahogado por el pluralismo político, que anula al país real, se ve claramente en el sindicalismo, tal como lo muestra Saraiva. El sindicalismo se encuentra dominado por los partidos políticos a cuyas ideologías están adscritos los sindicatos, dependiendo en su funcionamiento y reivindicaciones de aquéllos. Así, los intereses sindicales reales y no ideológicos, son manejados por las ideologías de los partidos (págs. 68 y sigs.), por lo que según el autor, no existe hoy auténtico sindicalismo (pág. 74), de tal modo que «un sindicalismo sin representación en el Parlamento, donde la tienen los partidos políticos, es un sindicalismo abortado, estafado y ofendido» (página 76).

En cuanto a un Parlamento partitocrático, por ideológico, es incapaz para tratar los intereses reales nacionales, pues todas las cuestiones acaban por tomar aspectos ideológicos (pág. 115).

Señala también el autor los males del principio electivo, indicando cómo un Presidente elegido nunca podrá ser considerado como el Presidente de todos, así como la transitoriedad de su jefatura, frente a lo cual señala el autor los beneficios de la institución hereditaria, a quien, por otra parte, se vinculan las Fuerzas Armadas, la Diplomacia y la Justicia, que de ese modo podrán ser auténticamente nacionales y no dependientes del partido en el poder (págs. 107 y sigs.).

El autor apoya su análisis no sólo en la realidad portuguesa actual, sino en los sucesos históricos anteriores. Desde las democracias que no permiten las libertades políticas, como la Revolución francesa y las democracias populares (pág. 15), hasta la ingobernabilidad de las sucesivas experiencias democráticas con la Primera República portuguesa, con cuarenta gobiernos en dieciséis años; la Tercera República francesa, con cuarenta y un gobiernos; la Segunda República española; la actual República italiana y la actual República portuguesa (págs. 34 y sigs.).

En cuanto a la alternativa que propone Mário Saraiva a la

partitocracia, señala que son los intereses reales los que han de tenerse en cuenta, frente a los ideológicos; el pluralismo social frente al pluralismo político. La sociedad se compone de múltiples sociedades, que tienen intereses concretos, respecto a los cuales los hombres que las componen tienen la suficiente competencia y conocimiento directo. No se trata de participar los hombres falsamente como masa en el Parlamento respecto a la *Res publica*, sino como pueblo en las múltiples *res publicas* (página 22).

Así, «el círculo común del voto deberá ser sustituido por círculos diferenciados establecidos en equilibrio por las afinidades regionales, profesionales o de orden espiritual de los votantes» (pág. 26).

El autor señala que el verdadero pluralismo es social y se efectúa en los múltiples y variados cuerpos intermedios que componen la sociedad. Ahí debe verificarse la participación del pueblo, al tiempo que la representación nacional ha de ser una representación social basada en la realidad de los órganos que la constituyen (pág. 96).

Hasta ahí, a grandes rasgos, la crítica y la propuesta de Mário Saraiva. Sin embargo, aun reconociendo en todo lo expuesto la concordancia con el pensamiento tradicional y contrarrevolucionario, es preciso señalar algunos aspectos que consideramos importantes y que no concuerdan con él.

La obra de Saravia pretende demostrar que existe *otra democracia*, que es la que constituye la alternativa nacional que propone. Con ello se verifica, cuando menos, una confusión. El utilizar la misma palabra —*democracia*— para designar realidades no sólo diferentes sino antagónicas.

El autor señala que el antagonismo se da entre la partitocracia y la democracia, pues considera una idea errónea creer que la democracia es inseparable del juego de los partidos, afirmando que esa idea errónea está en flagrante contradicción con la esencia de la democracia (pág. 17), añadiendo que hay otros modelos de democracia (pág. 18).

Pero lo cierto es que, salvo las democracias populares que son auténticas tiranías oligárquicas constituidas por la nueva clase y la nomenclatura, no hay más realidad democrática que la *democracia moderna*, lo que, por otra parte, el autor ha recogido al señalar las experiencias anteriores de las repúblicas portuguesa, francesa, española e italiana. Por ello, designar con la palabra democracia a lo que el autor propone como alternativa que susti-

tuya a la democracia portuguesa, es un error. Incluso aunque se la quiera adjetivar como democracia participada (pág. 117).

La democracia no se organiza, como Maurras había señalado, porque democratizar significa igualar y organizar diferenciar. Por ello, la democracia introduce la desorganización, el desorden. El régimen que el autor propone podrá denominarse tradicional, federativo, social, corporativo, aristocrático, etc., pero nunca democrático. De ahí que no pueda hablarse con propiedad de *otra democracia*.

Pensamos que desde la Revolución francesa no cabe hablar de otra democracia que no sea la *democracia moderna* —salvo referencias históricas a épocas anteriores—, con sufragio general inorgánico, con partidos políticos y con ausencia de representación corporativa de intereses. No hay más democracia que esa, tal es la realidad de los hechos. Por ello, no cabe valerse de la mitología que hoy encierra la palabra democracia si se pretende establecer con efectividad un régimen que es opuesto a ella. Como decía Maurras, hay que suprimir la palabra democracia del diccionario, y sus enemigos no deben emplearla nunca.

Por otra parte, Mário Saraiva se esfuerza en señalar que el régimen partitocrático no es democrático, porque no tiene en cuenta los intereses nacionales, porque prescinde de los representantes legítimos del país, es decir, el pueblo —considerado genuinamente como pueblo y no como masa.

Ahora bien, si es cierto que la partitocracia prescinde del pueblo organizado, no quiere decir que no sea democrático, sino que no es auténticamente popular. Porque en la esencia de la democracia está el prescindir del pueblo en cuanto tal pueblo. Aunque se intente afirmar que la democracia es lo propio del pueblo.

Por ello, no cabe decir que la partitocracia, al excluir del Parlamento a quienes no forman parte de los partidos políticos, es decir, a la mayoría del pueblo, se coloca fuera de la legitimidad democrática (pág. 38).

Se colocará fuera de la legitimidad nacional, popular, real, auténtica, pero no de la democrática. Quiérase o no la democracia moderna, la única que hoy existe, es así. Por ello, creemos que lo mejor es decirlo francamente y abandonar para siempre la pretensión de dar un sentido positivo, bueno, a una palabra que no expresa sino males que el pensamiento tradicional siempre ha indicado y que, por su parte, Mário Saraiva, pone de relieve.

Como Maurras advertía, la definición de las palabras es libre. Se puede decir al póllo: te bautizo carpa, y llamar mesa a un

sombrero o gorra a un zapato: pero no es menos cierto que el público debe ser advertido de esos cambios, y si no se le advierte se le engaña; pero si se le advierte se pierde el tiempo: ¿pues para qué sirve cambiar las convenciones del lenguaje antiguo? Y afirmaba que la democracia no es más que una idea falsa, señalando que la misma palabra democracia tenía por sí misma un incontestable poder de disolución y de corrupción, indicando que no podía ser empleada por quienes pretendían organizar la sociedad, pues organizar ésta significaba destruir la democracia.

ESTANISLAO CANTERO.

Salvador Borrego: METAS POLITICAS ()*

Salvador Borrego es un prolífico autor mejicano sumamente conocido en todos los ambientes contrarrevolucionarios. Esta obra tiene un especial interés, mayor que el de nuestra opinión, en otras obras del mismo autor, en las que trata con especulaciones más o menos indemostrables cuando se trata de ciertas fuerzas ocultas, que desde luego existen, pero que al no poder probarse sus acciones con hechos concretos, dan pie al ataque de los escépticos. En este libro señala aspectos sumamente concretos del Méjico actual, de la situación de abierto camino hacia el socialismo que lleva dicho régimen, resultando muy útil para los lectores españoles, y todo ello ilustrado con datos y acciones muy concretas.

Ya en el capítulo 1.º, y destruyendo tópicos al uso, se ve que la famosa revolución mejicana fue prostituida en sus fines, y que los legendarios caudillos, hoy caídos de lleno en el tópico, como Orozco, Villa y Zapata, fueron utilizados al verdadero servicio de un régimen que se demostraría implacablemente más autoritario, despótico y anti-popular que el de Don Porfirio Díaz. Un personaje clave fue Ricardo Flores Magón, verdadero operador y manipulador de la ignorancia de los revolucionarios. Ya empieza en esta época, incluso en el período de Carranza, a iniciarse algo fundamental para la conquista de la sociedad, y es la deformación y control de la enseñanza, la inoculación a la juventud a través de medios pretendidamente asépticos, del socialismo, y del determinismo evolucionista como origen de la sociedad y del hombre.

El capítulo 2.º nos ilustra de forma muy nítida sobre los

(*) Editorial: Tradición, Méjico, 1983, 123 págs.